días laboriosos de la edad madura han venido aqui con oraciones y con súplicas!

¡Cuántas lágrimas han humedecido el suelo de este templo! ¡Cuántos votos, cuántos suspiros, cuántos ruegos se han elevado como un vapor de incienso por las paredes y las bóvedas! ¡Cuántos arrepentimientos y cuántas resoluciones! La Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe ocupa en verdad todo el templo: verdaderamente el primer lugar entre todos los templos de la América que están bajo la advocación de la Vírgen María. A los pies de la Imagen secular que aquí se venera, han venido á postrarse muchas generaciones sucesivas. Todavía es éste el lugar á que vienen todos los que ruegan, sufren ó esperan; las lágrimas de los ojos y del corazón; los suspiros arrancados por el dolor y á veces por el remordimiento; la ansiedad que inspira el temor y la que causa la esperanza, se mezclan y confunden ante ese altar. ¡Con razón os interesa tanto todo lo que se refiere á este noble santuario! Todos los recuerdos de tiempos pasados, de antiguos milagros efectuados aquí, se agrupan al rededor de la Virgen, como la nube que se extendía sobre el Arca de la Alianza, y que revelaba la presencia de la divinidad. Me parece ver en la gloria de la Jerusalén celeste todas esas generaciones de santos prelados, de santos sacerdotes, de santas vírgenes, de fieles piadosos que han venido á invocar á María en este sitio mil veces bendito. ¡Qué espectáculo tan consolador y digno de la admiración de la posteridad!

Una dulce experiencia ha enseñado que María ha sido para vosotros, como para todos, la verdadera depositaria de gracias preciosas, la guía del cielo, la dispensadora de todos los dones, el ángel del consuelo, la reina de las virtudes, el sostén de los débiles, la consoladora de los afligidos, el alivio de los enfermos; en una palabra, el conducto de todos los bienes en el tiempo y en la eternidad! ¡Debido es, pues, reconocimiento profundo, reconocimiento eterno á María Inmaculada, Madre de Dios, á Nuestra Señora de Guadalupe! ¡Que vuestras acciones de gracias salgan en oleadas de vuestros corazones y se eleven al cielo en esta gran solemnidad! ¡Oh! guardad un recuerdo eterno de este hermoso día, y que las generaciones futuras repitan todavía dentro de un siglo, dentro de dos siglos, las maravillas de las festividades celebradas en estos días!

III

Comprendéis ya, hermanos míos, la significación de la presente solemnidad, por lo menos en gran parte. Dejad sin embargo que agregue unas palabras para explicar lo que vale esta coronación por manos de los hombres, después de haber sido coronada María divina y régiamente en la gloria.

La misericordia es el más bello atributo de la soberanía. María, que es Reina, es por excelencia la Madre de Misericordia. Por eso la Iglesia une esos dos títulos en la salutación: *Salve Regina, Mater Misericordiæ*. En el cielo, la Reina de los ángeles y de los santos, no tiene necesidad de misericordia, porque la misericordia no existe en aquel lugar de alegría y felicidad perpetua. Pero nuestra pobre tierra, que es valle de lágrimas, le ofrece un vasto teatro en que poder satisfacer las necesidades de su corazón. Mientras los hombres estén sujetos á pruebas, mientras haya sufrimientos que consolar, lágrimas que enjugar, pecadores que convertir, justos que perfeccionar, almas que salvar, María considera que su gloria y su felicidad no han llegado á su colmo, que su corona no brilla con todo su fulgor; Jesús, su divino Hijo, está sentado á la diestra de Dios Padre, pero el cuerpo místico de Jesús, que se compone de santos, no ha reunido á todos sus miembros; aún no llega á su complemento: María sabe que hay otros miles de hijos que están expuestos en la tierra á todas las peligrosas eventualidades de este viaje.

Madre de todos los afligidos, ruega, intercede é intercederá hasta que Jesucristo sea amado por todos los corazones y reine en ellos. De ahí ese auxilio eficaz, sensible, sobrenatural, á la vez milagroso que María concede á quienes la invocan. Y porque la gracia en lo que se refiere al hombre se acomoda á nuestra doble naturaleza material y espiritual, y revistiendo las condiciones de lugar y de tiempo por las cuales puede ser palpable y visible la poderosa intercesión de la Madre de Dios se manifiesta de preferencia en algunos santuarios, al pie de algunos altares donde tiene á bien mostrarse. La tierra entera está cubierta de monumentos levantados á María por la confianza, por la devoción, por la gratitud del pueblo cristiano. Pues bien, cuando uno de esos santuarios, cuando una de esas imágenes antiguas de la Madre de Dios han recibido el culto, los votos, las ofrendas de una larga série de generaciones; cuando la voz pública les atribuye bienes, prodigios, milagros de misericordiosa protección, la Sede Apostólica á que corresponde examinar y señalar los fenómenos de la gracia, se complace en unir sus homenajes á los de los fieles. En señal de su propia piedad y también como sanción y como estímulo á la devoción pública, el Pontífice Romano, después de una información detenida, se digna consagrar y coronar personalmente ó por delegación la imagen secular, ya sagrada, y coronada por la fe y el amor de los pueblos. Por lo demás, esa corona siempre se ofrece á la Madre de Jesucristo, porque la diadema que señala el Jefe de la Iglesia tiende sobre todo á glorificar la fecundidad sobrenatural, la segunda maternidad por la cual María da hijos á la Iglesia y á Nuestro Señor.

En el caso actual, el Jefe augusto de la Iglesia, el Pontífice Supremo por medio del cual Dios ha querido propagar la devoción favorita del Santo Rosario, le ofrece la más augusta corona que exista en la tierra, y cuyo fulgor brillará en la historia como la más viril, la más imponente, la más magnífica de esta edad; León XIII, Vicario de Jesucristo y primer representante de Dios en la Tierra, ha delegado al Venerable Metropolitano de México para colocarle á la Virgen de Guadalupe una corona cuyo precio sólo puede ser superado por el de la eterna corona.

¡Solemnidad extraordinaria que llena de alegría el corazón de todos los que se interesan por la gloria y por el culto de Nuestra Señora; solemnidad que ha sido aplaudida por todo un pueblo, hasta en el mismo Santuario y que recordará á toda la posteridad uno de los días más hermosos que han tenido esta ciudad y la Iglesia mexicana.

Esta gran festividad religiosa constituirá indudablemente una de las más bellas páginas de los anales de México.

¡Oh María, nuestra libertadora, nuestra guía, nuestro consuelo, nuestra esperanza, nuestra salud! Dignaos concedernos nuevas pruebas de vuestra ternura y celebrad con este pueblo, con esta Nación un pacto todavía más estrecho, una alianza aún más íntima!

¡Ah! lo proclamo públicamente porque es la verdad: el pueblo mexicano, á pesar de las desgracias que ha sufrido, á pesar de desfallecimientos parciales y temporales, es siempre digno de vuestro amor, porque es un pueblo lleno de fe, un pueblo que da pruebas evidentes de su amor á Jesucristo y á su Iglesia.

La tierra mexicana es y será siempre una tierra de fieles. A diferencia de otras muchas naciones, aquí, en el fondo, es cristiano el pueblo, la impiedad sólo puede aparecer en la superficie. Puede engañar y extraviar temporalmente los espíritus. Esto sucede siempre y en todas partes; pero en este país en que alienta la fe, la verdad conserva y conservará siempre su criterio en el fondo de las almas, y pasada la tempestad, las almas se levantan con toda la sinceridad de las creencias y de la práctica cristianas.

¡Oh Santa Virgen de Guadalupe! en este hermoso día de triunfo para vos, dirigid hacia nosotros vuestras miradas, vuestros ojos llenos de misericordia, vuestros ojos que calman el dolor y derraman la alegría y el consuelo.

Dirige tus miradas sobre esta ciudad que te ama y que es digna de tí; sobre esta nación mexicana que tan feliz se cree con tu aparición y que ha estado representada en estas fiestas por su generoso clero y por lo más distinguido de la sociedad.

Haz que este pueblo conserve siempre su corona, la Corona de la fe, del valor y del honor cristiano.

Proteje y bendice siempre á México, que tanto se enorgullece con tus fiestas y bendice también á mi Canadá, tan fiel siempre para honrarte; bendice á las dos Américas que te aclaman; bendice al Jefe augusto de la Iglesia que reclama con tanta justicia la libertad necesaria para gobernar á su grey, que os glorifica por medio de su ilustre delegado.

Bendecid al venerable y distinguido sacerdote que con su celo

infatigable y energía ha contribuido tan eficazmente á ensanchar y á restaurar vuestra soberbia Colegiata y que dentro de pocos días recibirá la unción episcopal.

Sin vos perecería el mundo. Los días son malos; tristes presentimientos nos dominan. ¡Oh abogada nuestra, escuchad los ruegos que lanzamos desde el fondo de nuestro valle de lágrimas! Sois la Reina del Universo, conducid, pues, las naciones hacia Jesucristo; así daréis á las sociedades la más noble corona, su corona de piedras preciosas que es Jesucristo vuestro Hijo.

Nuestro único consuelo al abandonar este bendito Santuario, á donde hemos tenido la felicidad de venir á orar varias veces, será la esperanza de veros en el cielo. Dignaos conducirnos algún día, á esa mansión celeste y mostrarnos la corona que ciñe vuestra frente inmaculada; dignaos sobre todo mostrarnos á Jesús, fruto bendito de vuestras entrañas; á Jesús, la corona de todos vuestros elegidos y nuestra eterna recompensa.

Amén.

VIII

Predicado por el Sr. Pbro. D. Antonio J. Paredes, en la funcion que celebraron los Sres. Curas de la ciudad de Mexico el día 20 de Octubre. (*)

Corona aurea super mithram ejus expressa signo sanctitatis, gloria honoris et opus fortitudinis.
Corona de oro sobre su tocado marcada con el sello de la santidad, con aureola de honor y como trofeo de fortaleza.

OMNES gentes plaudite manibus; jubilate Deo in voce exultationis. ¡Batid palmas, pueblos todos que habitáis esta bendita tierra, y que un himno entusiasta brote de los labios todos y vaya á anunciar hasta los más remotos confines de la tierra, que México, agradecida, celebra la Coronación de la Virgen María de Guadalupe, su apóstol, su protectora, su madre tiernísima y, por universal aclamación en el día de hoy, su Reina y su Soberana.

Al fin nuestros ojos extasiados ante la magnificencia de este templo, contemplan en su trono á la bendita Imagen objeto de nuestros cultos y de nuestro amor. Al fin sobre sus augustas sienes resplandece áurea corona con que el Romano Pontífice quiso manifestar la grandeza de María y los hijos de México su piedad ardorosa y su ferviente amor á la Madre de nuestra patria. Al fin nuestros corazones se ven henchidos de la alegría más pura, como los del pueblo israelita que, vuelto ya de la cautividad, logró ver reedificados los benditos muros de ese templo que era el centro, el eje, la fuerza y el nervio de su nacionalidad.

Hoy que la muy noble y muy leal ciudad de México, representada por los pastores que á su cuidado tienen encomendadas las almas todas que la pueblan, viene á postrarse á los pies de la Virgen Mexicana aparecida en el Tepeyac, un solo sentimiento domina los corazones todos: el del más intenso regocijo, y un nombre solo brota de todos los labios: el de María de Guadalupe.

Un aplauso el más estruendoso resuene en el espacio; un himno el más entusiasta entonen los labios todos, y que sus sonoras notas, al estrellarse en las montañas que coronan este valle delicioso, vayan á decir á la nación entera que México viene hoy, vencida por la gratitud y el amor, á depositar á las plantas de María de Guadalupe el tributo de su completo y eterno vasallaje, significado en la corona que ciñe hoy sus sienes.

Bien quisiera, Señores, asociarme á este unánime concierto de alabanzas y ser sólo un eco en este coro esplendoroso que la nación reconocida entona á María de Guadalupe, en vez de ocupar vuestra atención en razonamientos y discursos que parezcan quizás extemporáneos. ¿Se puede acaso discurrir con serenidad cuando el ánimo se halla embargado del gozo más arrobador? Pero la misión que debo desempeñar en este día no es sólo la de presentar á nuestra buena Madre los corazones de los párrocos de la ciudad, mis dignos compañeros, y los de sus feligreses; sino también hablar á éstos principalmente en nombre de Dios y procurar que este santo regocijo no sea el entusiasmo de un momento; sino que sea permanente y duradero. Creo para ello necesario investigar cuál es la significación del acontecimiento que hace nueve días hemos celebrado; cuáles los deberes que de él emanan para nosotros; cuáles las esperanzas que deben alentarnos.

Ave María.

Desde la más remota antigüedad aparecen las imágenes de María ciñendo real corona en sus augustas sienes. Esta corona débese primero á su excelsa dignidad. Es ella Madre verdadera del Rey de reyes y Señor de los que dominan, y los mismos ángeles la reconocen y veneran como á su Soberana. También es esta corona el premio de las virtudes de María, y púsola sobre su cabeza el mismo Hijo de su casto seno en el día de su gloriosa Asunción; doble diadema, premio de la santidad y símbolo de su grandeza: *Corona aurea super mithram ejus expressa signo sanctitatis et gloria honoris*. Pero además de estos dos títulos la Iglesia suele coronar las imágenes de María, como un testimonio de la gratitud que le debe por haberla concedido singulares victorias contra sus más encarnizados enemigos y héchola salir garante en medio de las dificultades y peligros que encuentra en su camino. En este concepto la corona que coloca sobre las sienes de la Virgen invicta, terrible como el más poderoso de los ejércitos, es un trofeo de fortaleza, es la aureola, el laurel del vencedor: *opus fortitudinis*.

Tal es, Señores, la significación de la corona que la Iglesia mexicana acaba de ofrecer á la Virgen María de Guadalupe, su poderosa Reina y Madre amantísima. Mi sencillo discurso no tendrá otro objeto que hacer algunas consideraciones sobre este punto y demostraros que con justa razón hemos colocado esa corona sobre las sienes de María como un trofeo de fortaleza, por el consuelo que nos ha concedido en nuestras penas y el auxilio en nuestros combates y la salvación en medio de los más inminentes peligros. A este fin os presentaré á la Iglesia mexicana gloriosa en sus humillaciones y fecunda en sus dolores por la protección de María Santísima de Guadalupe.

I

Siendo una verdad que la Iglesia Católica es la esposa de Jesucristo, pues que cual otra Eva salió del costado de este segundo Adán al espirar en el árbol de la cruz, y siéndolo también que Jesús es para la Iglesia un esposo de sangre, *sponsus sanguinum tu mihi es*, no os admirará que la esposa le siga por sus sangrientas huellas; que se le asemeje en las humillaciones y dolores; que sea mártir, cual cumple á la esposa del que es Rey de todos los mártires.

¡Ah! sí, la Iglesia, esa madre la más fecunda de todas las madres, como la de los Macabeos es admirable sobre toda ponderación, porque todos los días y de mil maneras es mártir. Ella ha su

---

(*) Acatando respetuosamente una disposición de la S. Mitra de México por la cual se prohibe publicar sermones de eclesiásticos que no sean Obispos, sin la licencia de aquella autoridad, la hemos solicitado y obtenido para publicar los sermones de los señores sacerdotes que predicaron en la Colegiata el mes de Octubre. Hé aquí la relativa al sermón del Sr. Dr. Paredes:
"El Señor Gobernador de la Mitra, en vista del dictamen del Censor, se ha servido conceder licencia para que se publique el sermón predicado por el Sr. Cura Dr. D. Antonio J. Paredes en la función que hicieron los párrocos de esta Ciudad con motivo de la Coronación de la Sma. Virgen de Guadalupe.
"Protesto á Vd. mi aprecio.
"Dios guarde á Vd. muchos años. México, Diciembre 14 de 1895.—*Melesio de Jesús Vázquez*, Secretario.—Sr. Director de "El Tiempo."—Presente."

frido la sangrienta persecución de los tiranos que con el hierro y el fuego han tratado de extirparla; ha sufrido el martirio á que la sujetó la herejía patrocinada muchas veces por las testas coronadas y que pretendía darle muerte arrebatándole su misma alma: el purísimo tesoro de la fe; ha sufrido martirio más espantoso aún, si cabe, de parte de la impiedad artera, que con la sonrisa del sarcasmo y del desprecio ha querido conseguir, y no siempre sin éxito, lo que no consiguió el tirano feroz y el hereje sagaz. Ella es torturada por muchos de sus ingratos hijos, que con la relajación de sus costumbres la deshonran, y ella en fin es mil veces mártir, ya sea que consideremos la intensidad de sus dolores, ya la prolongación de sus sufrimientos. Sí, los mártires dando la vida por Jesucristo, no hicieron otra cosa que abreviar su sacrificio y terminar con un acto heróico, sí, pero único, la carrera de sus días; la Iglesia, que durará hasta la consumación de los siglos, sufrirá todos los días el martirio sin morir jamás, y contará sus sacrificios por el número de las horas de su existencia, de los lugares de su posesión y por el de sus hijos fieles que deseando vivir piadosamente en Cristo Jesús, tendrán necesidad de sufrir persecución.

La Iglesia mexicana no podía ser una excepción. En su existencia de tres siglos y medio, ella ha apurado hasta las heces el amargo cáliz de la pasión, y si bien es cierto que este suelo no se enrojeció con la sangre de los mártires como el del mundo antiguo, también lo es que no ha pasado para ella un solo día sin especial tribulación.

El primer dolor de esta madre en los días que siguieron á la conquista, fué semejante al de aquella Ana, madre después de Samuel, que iba á derramar abundantes lágrimas en el tabernáculo del Señor: la esterilidad. Durante los dos primeros lustros la Iglesia mexicana, compuesta sólo de los religiosos misioneros y de un puñado de conquistadores, no parecía que hubiera de propagarse. Hasta nosotros llegaron los lamentos de aquellos varones apostólicos que si derribaban un ídolo en las ciudades, se levantaban otros diez en los adoratorios de las montañas y los indios mostraban indiferencia y aun horror á la vista del crucifijo. Era de esperarse. La conversión es una seducción, un encanto, como decía el profeta, un embeleso que se impone por su embriagadora suavidad. Mal podía, pues, verificarse esta seducción cuando los apóstoles venían al lado de aquellos guerreros que acababan de acuchillar á sus hermanos, destruir sus ciudades y acabar con su monarquía.

Dios quiso al fin poner un término á esta prueba. La misma Virgen Madre de Dios quiso ser nuestro Apóstol; á sus dulces palabras, á su celestial sonrisa, á la que formaron eco los cánticos angélicos, tuvieron que rendirse los corazones, y bien pronto la cruz de Jesucristo se halló plantada desde Guatemala hasta más allá de las riberas del Bravo.

Sucedió entonces en nuestra patria lo que entusiasta cantó el divino esposo: *Vox turturis audita est in terra nostra: Flores apparuerunt.... tempus putationis advenit.... ficus protulit grossos suos; vineæ florentes dederunt odorem suum.* (1) La voz de esa madre amante, de esa tortolilla purísima, dejóse oír en nuestra tierra. Hablaban los celosos misioneros á los oídos y predicando María en los corazones, cada paso era una conquista, cada batalla un triunfo. Dios que en su mano tiene, dice la Escritura, el corazón de los reyes, puso en las de María los de los pueblos. *Vox turturis audita est in terra nostra.* Las áridas espinas que por doquiera brotaban en nuestro suelo á su llegada se convirtieron en fragantes rosas: *Flores apparuerunt in terra nostra quasi rosæ in medio hyermis.* Desde entonces esta tierrra que como la higuera maldita de Jerusalén aún no había producido fruto alguno para la vida eterna y se veía amenazada; con la reprobación produjo abundantes frutos. *Ficus protulit grossos suos,* florecieron todas las virtudes cuyo grato aroma subió al cielo en olor de suavidad: *vineæ florentes dederunt odorem suum* y como llegado el tiempo de la poda los hijos de mi patria comenzaron á poblar las mansiones dichosas de la Jerusalén celestial.

¿Terminaron con ésta las pruebas y los martirios de la Iglesia naciente en México? De ninguna manera. Durante la época colonial si bien Dios le concedió grandes consuelos, y vió multiplicarse sus hijos, poblarse sus claustros y enriquecerse sus universidades y basílicas, ¡cuántos dolores tuvo que sufrir; cuantas amarguras acibararon su aparente dicha y prosperidad!

Ya es que colocada entre la codicia é insensibilidad del conquistador y la debilidad y los vicios inveterados del conquistado, mira á sus más celosos pastores abandonar la grey y atravesar una y otra vez los anchos mares para obtener leyes de protección y amparo en favor de los indígenas. Ya son las arbitrariedades de los gobernantes que se consideran señores absolutos al verse lejos de la Madre Patria, y esclavizan á la Iglesia al tratar de hacerla dócil instrumento de sus venganzas ó caprichos. Ya son las discordias domésticas y las guerras intestinas las que desgarran el seno de esta Amorosísima Madre y no obstante que no tenga verdugos tiranos que den muerte á sus hijos, ni herejes que corrompan la pureza de su doctrina la hacen exclamar: *ecce in pace amaritudo mea, amarissima.*

¿Qué fué en efecto, Señores, la historia de la Iglesia Mexicana durante la época de la dominación española, sino una serie no interrumpida de dificultades y luchas entre los virreyes y los prelados, de calumnias que llegaban hasta las gradas del trono y que la distancia hacía difíciles de desvanecer, y de altercados entre religiosos y seculares sobre puntos no bien definidos en la legislación de la Iglesia?

Llegó la época de nuestra autonomía y durante cuarenta años la Iglesia de México sufre nuevos dolores, fluctúa entre el temor y la esperanza, según que los gobiernos de corta duración que unos á otros se sucedieron la amparaban con su protección, ó le declaraban la guerra amenazándola con el despojo, la proscripción y la servidumbre. Desde el día infausto en que se publicó en Nueva España la pragmática sanción de Carlos III arrebatando en un momento de nuestro suelo, á tantos varones ilustres honra y prez de nuestra Iglesia, é incorporando al Estado los bienes de algunas órdenes religiosas, comenzaron á soplar los vientos precursores de la tempestad que al fin se desencadenó hace treinta y ocho años. Necesitaría, señores, el arpa de un Jeremías, para pintar los dolores de esta Iglesia Mártir al consumarse la grande obra de la iniquidad. Sus templos destruidos, concluido el esplendor del culto divino, sus sacerdotes reducidos á la mendicidad, sus vírgenes arrojadas del claustro que las abrigara: he aquí de nuevo repetido el espectáculo que arrancó lágrimas al profeta de la infeliz Jerusalén: *Vias Sion lugent, eo quod non sit qui veniat ad solemnitatem; omnes portæ ejus destructæ, sacerdotes ejus gementes: virgines ejus squalidæ et ipsa oppressa amaritudine.*

No acabaría señores, si tratara de pronunciar los tintes de este lúgubre cuadro, si quisiera pormenorizaros más los martirios que en estos días torturan á nuestra Iglesia. Por otra parte no debo insistir en una cosa que todos vemos y palpamos, en los martirios de la Iglesia de México, sino que debo, conforme lo prometí, mostrárosla gloriosa en sus humillaciones y fecunda en sus dolores, debido á la protección de María de Guadalupe.

1 Cant. V. 5.

II

Ante todo debo confesar ingenuamente que no trato de hallar la gloria y la bendita fecundidad de la Iglesia Mártir allí donde habría de buscarse segun el criterio de los mundanos. El mundo no tiene más que un dios, á quien adora, dios de quien pende la gloria y la prosperidad mundanal. Este dios, se llama: *el dios éxito.* Es ésta la cátedra de inmoralidad que se halla establecida en las sociedades actuales. Consígase el resultado que se desea, obténgase el éxito, serán lícitos todos los medios, serán indispensables todas las indignidades y los crímenes; adórase al poderoso, aunque halla acumulado riquezas y poder á costa de las rapiñas y la injusticia y así el éxito es la medida de la gloria.

Entre los cristianos no es así. La gloria consiste en luchar, en combatir aunque se muera en la demanda. El éxito, es decir el premio, nos está reservado en el cielo, y mientras que las santas empresas de la religión fracasan y no tienen el éxito que el hombre desea obtener de ellas, la Providencia inexcrutable de nuestro Dios

por medios que nos son desconocidos, saca el bien del mal, el triunfo de la derrota, y la gloria de la humillación. Esto es lo que nos enseña la Historia de la Iglesia en cada una de sus páginas y tenía que ser así desde el momento en que de la locura de la cruz brotó la sublime filosofía del cristianismo, de la debilidad de Jesús la fuerza de su Iglesia, y de su muerte la vjda imperecedera de su Inmaculada Esposa.

Juzgando de los acontecimientos por este criterio, no nos será difícil encontrar divina fecundidad y gloria esplendorosa en los dolores y humillaciones de la Iglesia Mártir. Si consideramos en efecto, hermanos míos, la conservación admirable de la religión que nos legaron nuestros padres, á pesar de todas las dificultades que se le han opuesto y de los peligros que han amenazado su vida; si nos detenemos á contemplar el movimiento religioso que en nuestros días de impiedad y de indiferentismo se ha logrado suscitar en todas las clases sociales; si atendemos á que la idea cristiana, aunque no sea más que por lo poético y bello que encierra y á que á pesar de todos los esfuerzos del enemigo, y á pesar de cuanto digan nuestros adversarios la cuestión religiosa es la primera de todas las cuestiones y que nunca pasa de moda, veremos que hoy como ayer podemos decir con San Pablo los ministros de Jesucristo: «Hasta esta hora sufrimos el hambre y la sed y somos despojados y maltratados y nada tenemos seguro y trabajamos sin descanso. Se responde con maldiciones á nuestras palabras de paz; con las persecuciones á nuestra paciencia; con blasfemias á nuestras oraciones. Somos considerados como la hez de la tierra, como la basura del mundo.» ¿Todo esto nos desalienta, nos hace volver el rostro atrás? ¡Ah! no, prosigue el mismo Apóstol: «hacemos consistir nuestra gloria en lo que humilla y nuestra fama en lo que se tacha de infame. Somos tratados como seductores y sin embargo los pueblos vienen á buscar en nuestros labios la verdad; se nos desacredita y no obstante eso nuestro nombre está en boca de todos; parece que estamos muertos y hé aquí que estamos vivos; nos maltratan y nuestro valor no se extingue; se cree que estamos tristes y nuestra alegría es pèrsistente; somos pobres y enriquecemos á las multitudes; parece que nada poseemos y lo poseemos todo.»

¿No es en efecto un espectáculo admirable, el ver que la Iglesia mexicana nunca ha estado tan desprovista de esos medios que aunque son humanos, tanto coadyuvan á la consecución de su fin divino, como son la influencia, la riqueza, el apoyo de las potestades seculares, y sin embargo ha llegado á realizar en estos mismos tristísimos días obras que tanto consuelan al ánimo pensador y preocupado con el porvenir de nuestra cara patria?

Desaparecieron los fondos que servían para costear el culto que debemos á nuestro Dios; tenemos, para cumplir con este santo deber, que recurrir á la piedad y sin embargo el culto divino se celebra con un esplendor que nadie hubiera podido esperar al consumarse el despojo. Los templos que nuestros mayores nos legaron debido al óbolo de la piedad cristiana se engrandecen y decoran con magnificencia, ni son tan contados los que desde los cimientos se levantan para atestiguar la vida exuberante del catolicismo en nuestro país.

Las diócesis se multiplican para que así el Pastor de cerca vea las necesidades del rebaño y provea á ellas con el oportuno remedio. En nuestros días hemos visto á los Pastores reunirse en la antigua Antequera á realizar lo que en el espacio de tres siglos no se había verificado y que tanto coopera á la uniformidad de la disciplina, á la unión de los esfuerzos, á la exaltación de nuestra fe: la celebración de un Concilio Provincial.

¿Y qué diré del fausto acontecimiento que hace palpitar nuestros corazones de júbilo y de santo entusiasmo? Ya comprenderéis que hablo de la coronación de nuestra amadísima Madre, la Virgen María de Guadalupe. Esta coronación tan deseada por los católicos, no sólo en estos últimos años, sino de largo tiempo atrás y que en días más bonancibles, días de paz y de prosperidad, no se logró ver realizada, es un hecho en medio de la humillación, de la pobreza, de la opresión que agobia á la Iglesia de México. ¡Bendito sea Dios, á quien todos podemos decir con el Real Profeta, que á medida de los dolores y tribulaciones con que nos ha probado, derramó sobre nuestros corazones el bálsamo del consuelo! *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo: consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.*

¿Qué importa que se desencadenen contra nosotros los más fieros aquilones? ¿qué importa que diariamente suenen en nuestros oídos terribles amenazas de proscripción, de despojo y aun de cautiverio? La persecución será una poda, sucederá con ella á nuestra Iglesia lo que San Pablo dice acaecerá á nuestro cuerpo en el sepulcro: se la desprecia, se la sepulta, se la humilla; pero en ello está su gloria; la persecución la encontrara quizá manchada y corrompida por los vicios de sus malos hijos; pero ella la transformará, la hará incorruptible y despojándola de la materialidad de las esperanzas y bienestar mundanos á que pudiera aspirar en la paz, la hace toda espiritual y hermosa hasta aparecer inmaculada esposa sin tacha ni defecto: *Seminatur in ignominia, surget in gloria; seminatur in corruptione, surget in incorruptione, seminatur corpus animale, surget corpus spirituale.*

Cuántas veces, al ver que en las presentes circunstancias la Iglesia y sus ministros carecen de toda seguridad, de toda garantía en el orden social; al leer las calumnias que todos los días de ellos propala la prensa impía; al ver la impunidad de que gozan cuantos la atacan, la insultan, la persiguen, se han realizado las palabras de San Pablo: *Aestimati sumus sicut oves occisionis; sed superamus propter eum qui dilexit nos.* Se nos juzga como ovejas destinadas al matadero; pero nos sobreponemos á nuestros enemigos por la virtud que nos da Aquel que nos amó. ¿Qué consideraciones, qué miramientos se deben, de qué derechos goza la oveja que está en el matadero y que ya va á ser inmolada para el abastecimiento de una ciudad? Del mismo modo, ¿qué garantía tiene la Iglesia, cuyos derechos no puede defender con las armas que nunca tuvo, ni con el dinero de que hoy carece, ni con la amistad de los poderosos con que no cuenta? Y sin embargo: *superamus*, á todo nos sobreponemos. La Iglesia inmóvil, inflexible é inmortal mira todos los días el fin de sus adversarios; tiene en nada el sufrimiento y el martirio, porque sabe que su suerte ha de ser como la de su divino fundador: murió como un cordero, pero resucitó como un león; primero fué vendido, no se hizo de él más caso que de la oveja destinada al matadero; pero después venció á sus enemigos, derribó los ídolos de sus pedestales, desarmó la rabia de los tiranos y colocó su cruz en la cimera de la corona de los reyes: *vicit leo de tribu Juda.*

¿Y á quién, Señores, debemos este triunfo singularísimo? En los labios de todos está la respuesta: A María Santísima de Guadalupe, y esto no sólo porque según dice San Bernardo, todas las gracias que Dios nos concede vienen por María; sino por el especial patronato que esta Santísima Señora ejerce sobre toda la nación mexicana, desde el momento en que apareciéndose en el Tepeyac quiso ser nuestro Apóstol y con particular predilección nuestra Madre y fundar en nuestra patria el reino de Jesucristo. Esto de tal manera se halla en la convicción de todos, que así como no hay tribulación ni dolor en que no pidan alivio á María de Guadalupe, así también no reciben beneficio alguno del cielo sin que se atribuya á la protección amorosa de nuestra Madre. Por eso este augusto santuario ha visto á quince generaciones venir á regar sus muros con lágrimas, sea de gratitud, sea de amargura, y por sus puertas ha visto pasar al vencedor que viene á consagrar su triunfo y al vencido que viene á consolarse de su derrota.

Si tantos bienes nos ha concedido nuestra excelsa Reina en el tiempo pasado, ¿cuántos no debemos esperar de su patrocinio en el futuro? Uno es el que debemos esperar confiadamente y pedir con solicitud: el establecimiento del reinado social de Jesucristo en nuestra patria. María introdujo á Jesús en el mundo cuando en medio de inefable gozo lo dió á luz en Belén. María lo introdujo en esta región bendita y santificada por sus virginales plantas al convertirnos á la fe, y María, así lo esperamos, hará que reine Jesús en nuestros corazones, en nuestas familias y en nuestra sociedad.

A vosotros, Señores Párrocos, compañeros en la batalla y padres de mi alma, á vosotros toca con vuestras oraciones y tareas apostólicas impetrar y coadyuvar á este benéfico resultado. Hoy habéis venido á implorar de vuestra augusta Madre la fuerza necesaria para luchar hasta vencer; vuestras súplicas no serán desoídas Aquí, á los pies de este altar, os vestiréis de esas armas que lo son

de nuestra milicia: la fe, la esperanza y la caridad. Aquí cobraréis la fuerza necesaria para todo triunfo cristiano: el sacrificio. Aquí en fin hallaréis el consuelo en vuestras penas y el éxito en vuestras santas empresas.

Señora y Madre nuestra: hé aquí á los párrocos de esa ciudad afortunada entre todas las de nuestra patria, agrupados en torno á su ilustre y amado Pastor y postrados á tus plantas. Venimos hoy á proclamarte de nuevo nuestra Reina y Soberana y á rendirte el pleito homenaje de nuestra sumisión y de nuestro amor. Reina, Señora, en nuestros corazones; reina en los de nuestros feligreses; que por Tí reine el Sacratísimo Corazón de Jesús en nuestra patria y *así como por nuestras manos has sido coronada en la tierra, así seamos coronados por Cristo de gloria y honor en el cielo.*

IX

Predicado por el Sr. Presbítero Don José M. Vilaseca, el día 28 de Octubre.(*)

Monstra te esse Matrem.
Manifiesta que eres nuestra madre.

QUIZÁ nunca, amados hermanos míos, se volverá á ofrecer una ocasión tan oportuna para que todos nos dirijamos á la Santísima Virgen de Guadalupe, con una oración muy fervorosa, con una oración la más contínua, y oración que saliendo del fondo de nuestro espíritu, le digamos que muestre que es nuestra Madre. ¿Sabeis por qué? Porque las graves necesidades que tenemos son tales y tantas que sólo María de Guadalupe, que es nuestra Madre, podrá remediarlas. Estas necesidades que afligen desde el más pobre hasta el más rico, gravitan de un modo particularísimo sobre el Romano Pontífice; por esto, así como él en su celebérrima y última Encíclica sobre el Santísimo Rosario, le decía fervorosamente que mostrara que es nuestra Madre, así nosotros, viendo lo que pasa en México con relación á los indios, hemos de rogarle y suplicarle lo que os dije al principio: «¡Muestra que eres nuestra Madre!» Por lo demás, es una cosa utilísima y aún necesaria, que le pidamos que renueve en nuestro tiempo, lo que hizo al principio de la conquista en favor de los indios, de los pobres indios. Sí, Madre de Guadalupe, el estado tristísimo de los indios nos obliga á pedirte un nuevo milagro como lo hiciste en aquel tiempo, en que descendiendo del cielo á la tierra, le hablaste al venturoso Juan Diego, y le dijiste con todo afecto; "Hijo mío, Juan Diego, á quien amo con afecto y ternura, es mi voluntad que en este lugar se me edifique un templo."

¡Oh, amados hermanos míos! desde entónces quiso la Santísima Virgen mostrar que tenía entrañas de verdadera Madre, no sólo para todos los cristianos en general, sino que también de una manera especialísima de los pobres indios; por eso desde aquel momento, como el más eficaz efecto de su dulce maternidad, comenzó la conversión de los indios, de modo que cuando uno lee la historia de aquellos tiempos, ve el milagro, el gran milagro de la Santísima Virgen en favor de la raza indígena. Ved, pues, lo que hemos de pedir á María Santísima de Guadalupe, porque todavía tenemos indios, y los tenemos casi en todo México, y á cada paso se encuentran hombres y mujeres que no son cristianos, que viven como salvajes, como animales; viven entregados á la idolatría y viven no pocos con las armas en la mano defendiendo sus terrenos; y tal vez no exageraríamos, si dijéramos que ellos nos rodean como el anillo de hierro á los rayos de la rueda de un carro para que no se desgrane. Esto nos ha de obligar á que todos á una voz le pidamos á Nuestra Señora de Guadalupe, que como tierna y cariñosa Madre de los pobres indios, renueve en su favor las admirables consecuencias de aquel milagro. Para que así sea, y le pidáis con todo el afecto de vuestro corazón, el cumplimiento de tan gran maravilla, voy á manifestaros el triste estado en que viven los indios, y su posible conversión: para acertar un poco, invoquemos el auxilio de la Santísima Virgen.

¡Soberana Señora y Madre nuestra, María Santísima de Guadalupe, tú que descendiste del cielo á la tierra, para la conversión de los pobres indios y que obrando con el poder de Madre de Dios, en pocos años se verificó entre ellos tan santo cambio, que México pagano quedó en muy poco tiempo. México católico, te pedimos nos ilumines para que conozcamos, como es debido, el estado actual de los indios, y en vista de la realidad de los hechos, comencemos á trabajar con todas nuestras fuerzas para su conversión! te lo pedimos saludándote con las palabras del Arcángel: AVE MARÍA.

Monstra te esse Matrem.
Muestra que eres nuestra Madre.

Desgraciadamente, amados hermanos, hay muchas personas que si se les habla de la conversión de los indios, dicen que no es necesaria; porque creen erróneamente, que estando como se dice en la conclusión del siglo de las luces, no puede haber las espesas y negrísimas tinieblas de la mayor ignorancia religiosa y aún las de la idolatría (1), ella existe, y además es una cosa tan cierta, que poco nos costará demostrarlo.

¡Ah, amados hermanos míos! cuando aquellos indios llenos de furor empuñaban las armas y emprendieron la marcha para reconquistar lo que era suyo, ¡ah, hermanos míos! entónces hechos un solo cuerpo y una sola idea, se dijeron: vamos, pues, á defender nuestros terrenos que nos han arrebatado, y comenzó aquella lucha tan terrible de la que nos habla el Lic. Barreiro en su historia yucateca, y aquellos hombres enfurecidos lo quemaron todo y lo redujeron á cenizas, á nada, y esto hasta seis leguas de Mérida (2), y desde entónces, ¿qué ha sucedido con aquellos indios? así se han quedado, nadie ha podido penetrar allá, viven como ellos quieren, según nueva religión, pelean contra todos, y ellos fundaron desde entonces en Chan, Santa Cruz, sus reales y su religión. Desde entónces viven en aquellos centenares de leguas, sin religión verdadera, y viven sin oír jamás una palabra de la santa Iglesia católica que se les haya enviado por medio de sus misiones; de manera que hay miles y miles de hombres y mujeres que saben de catolicismo nada. Ved ahí, hermanos míos, la necesidad que tenemos de pedir á María Santísima de Guadalupe, que renueve por medio de un nuevo milagro, las grandes obras que estaban establecidas para la conversión de los indios, y que muestre también que es nuestra Madre, que nos llene de sus gracias y de sus bendiciones, para que trabajen ambos Institutos Josefinos en la conversión de los pobres indios. Y ¿qué diremos de Chiapas, que ni en los días del Venerable Padre Margil pudo convertir á sus indios? ¡Pobres Lacandones! éstos ni llegaron jamás á abrazar el catolicismo, y millares de millares viven en aquellos centenares de leguas que en medio de multitud de Masas ostentan también las ruinas de sus admirables Palenques, que puestos en ciertos lugares, llegan hasta la Diócesi de Tabasco.

Veamos ahora algo de lo que pasa en Oaxaca; ¿qué es Oaxaca con relación á los indios? ¡Ah, hermanos míos! el día que su dignísimo Arzobispo Guillow emprenda su santa visita pastoral por aquellas montañas encontrará el buen Pastor á innumerables indios que comenzarán á ser consolados con su visita pastoral! ¡Ah, hermanos míos, qué multitud de ellos verá por aquellos lugares, que están acabando de perder su fe! Los hay de 6, de 8, de 10, de 20, de 40 años sin el bautismo todavía, que no lo han recibido por falta de misioneros, y viven como animales, ni conocen á Dios que les dió la vida. Y si vamos recorriendo el Arzobispado de Durango, ¿qué diremos de él? ¿qué diremos de Nuevo León y Coahuila, de Tamaulipas y de Veracruz? Todos tienen muchos indios sin fe, sin religión, semisalvajes unos, y del todo salvajes otros. Yo á nadie acuso, ni á nadie culpo, porque no es tiempo de acusar, ni de culpar á nadie; sólo deseo demostrar la necesidad que tenemos de trabajar por la conversión de los pobres indios, y que todos los mexicanos conozcan lo que es México, con relación á la raza indígena y se sirvan de sus recursos, de su saber y de su virtud, para convertirlos.

¡Pobres Obispos los que vivían antes de la erección de los nuevos Obispados! Recibían noticia de la muerte de los misioneros y de los curas, y contestaban con gran pesar y casi llorando: no tengo á quien mandar; que el cura más inmediato se haga cargo de dicho curato. De ahí resultaba, que poco á poco todo se fué acabando y que una gran parte de aquellos puntos se quedaron sin ministros evangélicos, y que los indios se iban quedando sin conocer lo que es la Religión, sin conocer á Dios: así se han pasado los años resultando que dichos lugares se encuentran á corta diferencia, como la alta y baja Tarahumara. Colinda con Chihuahua, Coahuila; Coahuila con Nuevo León, y éste con Tamaulipas. Hace ya unos treinta y cuatro años, estaba yo dando misiones por aquellos rumbos, allí fué donde yo conocí por primera vez á los indios vestidos, por decirlo así, como nuestro primer padre Adán y nuestra primera madre Eva cuando estaban en el Paraíso. ¡Ah, cuántas cosas no pudiera deciros de lo que ví y oí en aquellos días sobre la indiada mexicana! Ojalá, hermanos míos, que os pudiera inflamar vuestro corazón para que os animárais á trabajar cada uno como pudiera en la conversión de los indios; por esto pido hoy á la misma Virgen que bajó del cielo, que renueve el milagro en favor de ellos; por esto también os pido á vosotros que le pidáis y le digáis que muestre de nuevo que es nuestra Madre, viendo que hay entre nosotros tanta gente que vive sin religión, sin recibir los Stos. Sacramentos; y que son á centenares de centenares los hombres y mujeres que viven en las tinieblas de la ignorancia, y son otros tantos miles de miles de almas que se pierden; así, hermanos míos, éste es el estado de una gran parte de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas con Veracruz. ¡Cuánta gente que no conoce al verdadero Dios! ¡Cuántos los que si así se mueren no irán al cielo! Roguemos á Dios por ellos y sigamos, sigamos adelante preguntando: ¿hay indios idólatras? ¿qué ha sucedido con ellos? Yo alabo de corazón al venerable Obispo de Puebla cuando tuvo bastante ánimo y apostólico valor para decir: en mi diócesi hay salvajes, hay indios idólatras, aquí están; y cuando hubo personas que le dijeron lo contrario (porque no quieren comprender que á pesar de estar en el siglo de las luces, todavía hay mucha ignorancia, y hay lo que llamarse puede las tinieblas del error y de la idolatría); yo á nadie culpo, contestó: sea lo que fuere de lo que antes se hizo en favor de esos pobrecitos que viven en los montes y se encierran en las cuevas como los animales; pero sí repito que en mi diócesi hay idólatras.

Si nos introducimos hacia el interior de México y penetramos en Zacatecas, ¿qué es lo que hay en esas montañas del Nayarit y esto siguiendo hasta llegar á Tepic? (3) Os diré que allí se encuentran también indios sin fe y sin religión; y se encuentran en tanto número, que hace quince años un sacerdote que yo conocí y que aún he comido con él muchas veces, se internó por aquellas montañas, con un carácter semioficial, y encontró ciento veinticinco ranchos, haciendas y pueblos, en los que había multitud innumerable de gentiles sin religión y sin catolicismo: y lo mismo, como él me aseguró, sucede en Zacatecas.

Vamos adelante; ¿qué es lo que sucede en el Obispado de Chilapa? Afortunadamente su apostólico Obispo asegura que tiene indios salvajes é idólatras. Dichoso él, porque ha emprendido ya muchas obras para que se conviertan. ¡Ojalá que lo alcance! Ved ahí, hermanos míos, el estado en que se encuentra nuestra República. Pero, Padre, ¿y Querétaro y aun el resto de México, es lo mismo? El resto de México también se encuentra, á corta diferencia, en el mismo estado sin exceptuar el mismo Arzobispado de México; y yo mismo en las diversas misiones he visto á los indios, que tenían sus ídolos; tenían ciertos lugares escogidos que eran sus adoratorios; y de hecho iban á adorarlos conforme á sus ritos. ¿Veis con cuánta razón os digo que hay necesidad de pedirle á la Santísima Virgen de Guadalupe que renueve los efectos de aquel su milagro, como lo hizo en los tiempos del venturoso Juan Diego?

¿Y podrá remediarse tan triste estado que guardan los indios en toda la República Mexicana? Evidentemente que sí, porque la Potestad civil y eclesiástica, obrando de consuno, podrían obrar la conversión de los indios como en los días del gobierno español; y

---

* Hé aquí la licencia de la autoridad eclesiástica:
"El Ilmo. Sr. Arzobispo, en vista del dictámen del Censor, se ha servido acordar diga á vd. que puede publicar el sermón del Pbro. D. José María Vilaseca que predicó el mismo en la Insigne Colegiata de Sta. María de Guadalupe.
Dios guarde á vd. muchos años, México, Noviembre 14 de 1895.—*Melesio de J. Vázquez.*"

1 El mismo Padre Vilaseca, en su "Pequeña Historia que para el Instituto Josefino," envió á la Santa Sede, se lee lo siguiente:
"Ocupados los primeros diez años en nuestro ministerio sacerdotal, en el ejercicio de las Santas Misiones en su mayor parte y en diversos puntos de la Iglesia Mexicana, pudimos en distintas ocasiones vistas las circunstancias por las que atravesábamos, concebir los más vehementes deseos de hacer de nuestra parte cuanto pudiésemos, para misionar á su tiempo á tantas tribus que, errantes aún por los bosques y lugares despoblados, yacen todavía en las tinieblas de la idolatría, y por tanto en el mayor grado de abyección, que es propia de los infieles.
"Durante los días de la dominación española en el inmenso territorio de México, ese gobierno, como protector nato de la religión católica, continuaba formando los Misioneros de propaganda fide de entre frailes dominicos, franciscanos, agustinos mercedarios y jesuitas, y esos Misioneros que como ángeles en carne, en cuyo corazón flameaban ardentísimas llamas del amor divino, eran verdaderamente incansables para convertir á los indios bárbaros, los cuales quedaban después de su conversión al cuidado de los padres que los habían convertido, formando de aquel territorio un lugar católico donde era venerado nuestro buen Dios.
"Desde el momento en que un conjunto de ranchos ó de pequeños pueblos, convertidos á la religión católica, eran suficientes para formar una parroquia, eran examinados si sus habitantes se hallaban suficientemente instruídos; después de lo cual se procedía á erigir canónicamente el nuevo curato: y junto con el gobierno eclesiástico ó parroquial, establecíase también en dicho punto el paternal y católico gobierno español por medio de un presidio: es decir, de una pequeña fortaleza que, dotada de suficientes soldados y pertrechos de guerra, tenía el gran destino de proteger á los indios nuevamente convertidos, porque los indios salvajes intentaban muchas veces dar la muerte á los que habían recibido ya las aguas saludables del bautismo, y luego que quedaba perfectamente arreglada ya la nueva parroquia, aquellos venerables Padres Misioneros, con el crucifijo pendiente de su pecho, su breviario bajo el brazo y empuñando su bordón, daban un nuevo paso hacia los bosques, hasta rodearse convenientemente de otras tribus salvajes.
"Al concluirse la dominación española, debemos confesar, que fueron acabando también los presidios, y lo que fué más de sentirse, los venerables Misioneros de propaganda fide; y por consiguiente, no sólo no siguieron convirtiéndose nuevos indios, sino que muchos de los antes convertidos volvieron nuevamente á la barbarie y á la idolatría, verificándose principalmente en los Estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, Chiapas, Guatemala y Yucatán, Territorio de Tepic y gran parte de la Sierra Madre. Bien podríamos probar todo esto refiriendo los terribles estragos causados por la invasión de los indios matando á innumerables particulares, asaltando muchos ranchos, pueblos y villas: talando inmensos campos de varias haciendas, y aun destruyendo é incendiando algunas ciudades, y refiriendo algo de lo que á nosotros mismos nos fue comunicado, cuando misionábamos Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas: pero queremos prescindir de nuestras observaciones para entresacar algunos pensamientos del Lic. Barreiro, en su cuaderno histórico sobre Yucatán [1864.]"

2 En su "Cuaderno Histórico sobre Yucatán" dice el Licenciado Barreiro:
"Al dirigir desde Mérida de Yucatán la vista desde el cielo que cubre las regiones del interior, se nota un color de plomo como el paño de una tumba: porque se aspira una brisa impregnada de veneno, que aterroriza por traer sus hombres los alaridos de los bárbaros (salvajes).
"Los habitantes de Chan, Santa Cruz, son unos indios bárbaros que hablan la lengua maya, y han jurado el exterminio de todos los que no son de su raza; y no deponen el encono con que se alimentan, porque nada comprenden por la crasa ignorancia en que viven; y por ese idiotismo pernicioso que se nota en sus semblantes, al tratarse de cosas que salven el círculo de sus supersticiones en que están encerrados. Ellos se creen fuertes en sus bosques y á veces se derraman, como un torrente impetuoso, sobre las poblaciones, donde sin piedad sacian su instinto feroz, sin respetar sexo ni edad.
"Miradles ahí... quebran las ramas de un impenetrable bosque, disparan sus flechas y sus fusiles, tuestan con el incendio las verdes hojas y llevan el exterminio por todas partes. Todo esto lo hacen porque no se les inspiró el amor, sino el temor; no se les enseñó la religión de Jesucristo, sino que abusaron de ella.
"Imaginaos en Valladolid, en Tihosuco, en Itamal, en Tunkas y otras poblaciones los infinitos tormentos que sentirían sus habitantes al oir el grito de guerra de muerte.... Allí vieron los esposos arrancar de sus brazos á sus tiernas esposas que, espirantes, les daban su postrer adios. Allí inmemorables ancianos con las canas teñidas de sangre, morían al golpe de los bárbaros; y en todas partes tenían frente á frente el terror que con su rojiza tea iluminaba las paredes de las casas de los ricos y el guano de la choza del jornalero.
"El mal subsiste: se repiten con frecuencia las escenas de horror de Tunkas, Pisté, Citas, Valladolid y de otros muchos pueblos.... A manos de estas fieras han muerto millares de hombres y de mujeres,... el país está cayendo á pedazos... y los departamentos de Mérida y de Campeche han perdido en diecisiete años, la enorme suma de ciento ochenta y cuatro mil trescientos ochenta y seis (184,386) personas.
"Los indios viven en la mayor abyección y abatimiento desde siglos atrás; jamás se ha tomado un empeño especial en educarlos é instruirlos en la religión y en sus deberes sociales."
Para concluir diremos que lo que dice Barreiro de Yucatán, puede decirse también algo que ha sucedido en los Estados de Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, de Tepic y gran parte de la Sierra Madre; de Chiapas, y gran parte de Tabasco, así como de los distritos y obispados que colindan con las fronteras de México.
Pues bien, remediar tantos males por medio de los Misioneros Josefinos, fué la grande idea que á nuestro parecer nos inspiró el Señor San José, en el acto de la inauguración del Colegio Clerical verificada en el mes de Septiembre de mil ochocientos setenta y dos (1872); idea que con justicia la hemos colocado en nuestras santas Reglas, y que aun hemos querido consideRarla, formando ella uno de los principales fines de nuestro santo Instituto.

3 Como el apostólico Obispo de Tepic, Ilmo. Sr. Díaz, con motivo de las fiestas de la Coronación de Nuestra Señora, ha emprendido un interesante trabajo en favor de los indios del Nayarit, no podemos menos que bendecir al cielo y felicitar á dicho Ilmo. Sr. Obispo por la grande obra que ha acometido.